

Suscripción:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Año II. Murcia 8 de Diciembre de 1889. Núm. 76.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 15 céntimos.

Redaccion y Administracion
APOSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

 **Gonzalez Vera** 
DENTISTA DE S. M.
Sucesor de los
SRES. FRANZELIUS Y DELGADO
17, Sociedad, 17.

Pone en conocimiento del público murciano, que actuará en este antiguo y acreditado gabinete, donde los clientes encontrarán los mismos precios é igual esmero que se han venido usando.

Opera gratis á los pobres, de 10 á 12 de la mañana.

En este laboratorio mecánico, se construyen dentaduras, sin cubrir el paladar, sin muelles, piezas parciales de uno ó más dientes y sin ganchos, por ser estos causa de la destrucción de las inmediatas.

Dentaduras con presiones múltiples; id. con paladar sin presión; colocación de malos dientes, sin pivot ni aparato; arreglando todas las piezas deterioradas y reparaciones en las mismas, y todo cuanto se relacione con esta mecánica profesión.

Comunicación tel fónica, de 6 de la mañana á 6 de la tarde.

TELÉFONO NÚMERO 67.
17, SOCIEDAD, 17.

TURRON.

La vida de Gonzalo Pagan, el más acreditado y antiguo turronero, que por espacio de 33 años viene á expender su TURRON de GIJONA, duro, de almendra mondada, nieve, fruta, yema y demás clases; peladillas de Alcoy, anises y canelones, dulces secos, pastices de mazapanes y cascás.

Este acreditado turronero que tan conocido es en esta capital y por tantos años ha estado de parada en la posada del Telégrafo, ofrece hoy su despacho en la Trapería, frente al Café Oriental, esquina á la calle de Montijo.

La Juventud Literaria

DE ACTUALIDAD

IDILIO

Iba ya la tarde declinando.
El aire, soplo helado, perceptible apenas, gemía débilmente entre la arboleda

escueta, y helaba, con caricias de muerte, el agua cristalina que se deslizaba perezosa por un lecho de guijarros.

Juanita y Pablo, dos muchachos de la misma edad, que acaso no llegaran á los diez años, se afanaban buscando entre los surcos rastros con que atizar el fuego del hogar....

Allá, no muy lejos, como virgen pendida en las soledades de la llanura, la risueña aldea se adormecía acariciada por los tibios besos del sol poniente....

—Date prisa, Pablo, que vá á ser de noche—decía Juanita.

—No te importe; estamos cerca del pueblo y pronto marcharemos.

—¡Oh; que gran chisquera para esta noche! ¡Y cómo se vá á alegrar mi madre cuando me vea con este ato!—gritó la niña palmoteando.

—¡Mira Juanilla, yo tan bien le llevo bueno!—dijola él. Y volvieron los dos á su faena....

En el horizonte apuntó como una mancha borrosa, se hizo despues más perceptible; eran grandes masas de nubes de un color gris.

Al mismo tiempo, y de súbito, sopló el huracan y arrastrando aquellas nubes, entoldó el cielo. Cesó el viento y comenzaron á caer grandes copos de nieve

—¡Qué frio, y cómo nieva! Vámonos Pablo.

—Espera Juanilla, que iremos enseñada.

Cargaron con su haz de rastros los pobres niños y se pusieron en marcha.

Pero la ventisca les cegaba y no les dejaba andar.

Rápidamente, el suelo se había cubierto de nieve y para hacer más crítica su situación, se había echado encima la noche.

Llegó un momento en que Juanita y Pablo no pudieron avanzar; se hundian sus piés entre la nieve, y el frio les entumecía todos los miembros.

—¡Madre mia, no puedo más; ayúdame Pablo!

—Espera—replicó el niño, y haciéndose superior á sus fuerzas, quiso ayudar á la niña; pero no pudo.

Y cada vez nevaba más copiosamente.

Eran los muchachos como dos hormigas debatiéndose inutilmente en aquella gran blancura que todo lo cubria.

—¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué va á ser de nosotros—gimoteó Juanilla.

—¡Madre, padre!—gritó Pablo.
Nadie contestó.

Siguió tenaz la nevada sepultando á aquellas pobres criaturas, y siguieron haciéndose las sombras más espesas.

De fallacidos, sin fuerzas ya para tenerse en pié, cayeron los niños sobre la nieve, y ésta, páfida, les abrió sus brazos.

—¡Qué frio tengo!—gimió la niña.

—¡Y yo también!—dijo Pablo; y los dos, para darse calor, se unieron en apretado abrazo. Sentían los espasmos de la muerte....

Redobló la ventisca, fuerónse los dos hundiéndose entre la nieve, yertos ya, sin vida en la mirada, con ahogos en la garganta y un rápido balbuceo entre los labios.

Al mismo tiempo, un punto luminoso, seguramente una luz, brilló en la aldea á través de la niebla, y la campana de la iglesia tañó lenta saludando al Ave-María....

Siguió pasando la noche, cesó la nevada, calmóse el viento, y por entre las nubes asomó su cárdena faz la luna, iluminando la llanura, convertida en inmensa sábana blanca.

Sobre ella se destacaban dos manchas; las cabecitas rubias de Juanilla y Pablo.

Tenian los ojos vidriosos, y por entre su boca parecía vivir rezagada una queja. Era el último estertor de la agonía.



STANLEY



La atención del mundo civilizado está puesta hoy dia en el célebre explorador Stanley. Aunque rápidamente daremos á conocer algunos apuntes biográficos de hombre tan extraordinario.

Nació Stanley en Irlanda en 1841.

Después de larga permanencia en un establecimiento de beneficencia en donde fué acogido, se embarcó como grumete en un buque que le condujo á Nueva Orleans. Más tarde en la colosal guerra civil de los Estados-Unidos se le vé figurar en el ejército del Sur ó sea en el de los confederados y esclavistas. Perteneció á la marina federal hasta 1865. Durante los años de 1865 y 66 viajó por Turquía y Asia Menor; en 1867 y 68 acompañó, como correspondiente del «New-York Herald», al ejército inglés que bajo el mando de sir Napier de Magdala invadió la Abisinia. Poco después vino á España en representación del citado periódico, á fin de dar

